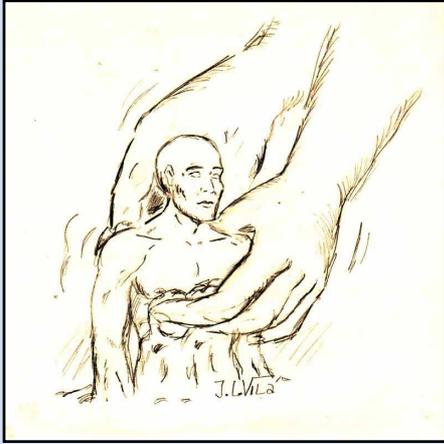


## El Hombre



“E hizo Dios los animales de la tierra según su especie, ganado según su especie y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Entonces dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra.»

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Los bendijo Dios y les dijo: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra.»

Génesis, 1.

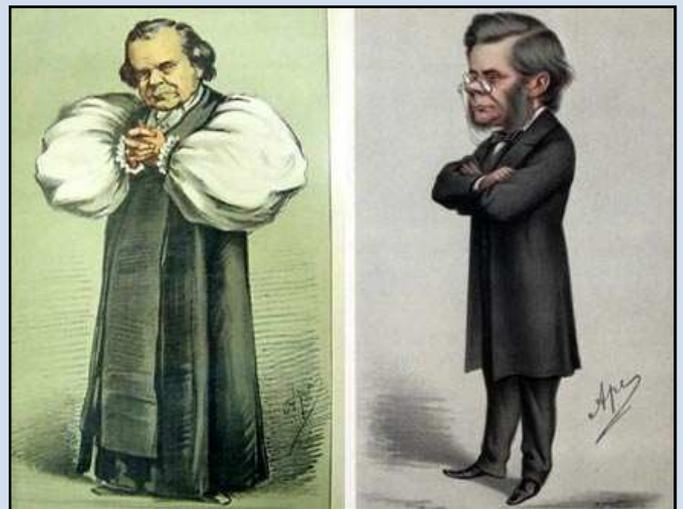
La obra de **Darwin** no solo revolucionó el ámbito de la biología y las ciencias de la vida, sino que provocó también el **derrumbamiento final de algunas de las creencias** más fundamentales de su época. Si Copérnico había desplazado la Tierra del centro del universo, enfrentándose así a la cosmología grecorromana y cristiana, Darwin despojó a la especie humana del lugar privilegiado que hasta entonces había ocupado en la naturaleza. Como muestra el extracto del Génesis recogido arriba, la explicación cristiana del origen de las diferentes especies considera que cada una de ellas fue creada individualmente por Dios. En el caso del hombre la explicación del Génesis va un paso más allá: como ser creado “a imagen y semejanza de Dios” y, por tanto, único capaz de inteligencia y voluntad, su papel en la naturaleza es de dominio y control. Este sentido de superioridad del Hombre se afianzó, incluso más, en el marco de la filosofía europea: la dualidad de sustancias de **Descartes**, por ejemplo, separó al Hombre, poseedor de la **Res Cogitans** (la facultad del pensamiento), del resto de los animales, que son entendidos como seres mecánicos (similares a las esculturas móviles de los jardines palaciegos franceses).

Es obvio que **Darwin no fue el primero en proponer la idea de la evolución**. Muchos biólogos de la época, como por ejemplo **Lamarck**, asumían ya la posibilidad de **transformación de las especies**. En este sentido, la crítica a la explicación creacionista se había exacerbado especialmente a partir de los trabajos de clasificación taxonómica (como el de **Linneo**) que mostraban los múltiples **rasgos comunes** que compartían diferentes especies: si cada especie tenía su lugar en la Creación, parecía extraño que Dios hubiera creado tantísimas especies que sólo se diferenciaban en pequeños rasgos. A su vez los avances en el ámbito de la geología (especialmente la obra de **Lyell**) mostraban cada vez más claramente que la superficie de la Tierra sufría transformaciones graduales que se reflejaban en las características de los diferentes estratos, lo que implicaba también que **el planeta había necesitado millones de años en alcanzar el estado actual**. Esto cuestionaba la estimación de la edad de la Tierra que se deducía de los textos bíblicos y también la hipótesis catastrofista, más acorde con las Escrituras, que explicaba las características de la Tierra como el resultado de catástrofes naturales concretas (como el Diluvio Universal).

Pero Darwin tiene el gran mérito de **anuar en su teoría, de una forma coherente, los múltiples desarrollos que se estaban dando en todas estas disciplinas**. Y era muy consciente de las consecuencias, a todos los niveles, de sus propias ideas:

“Me impresionó tanto la distribución de los organismos en las Galápagos ... y ...el carácter de los mamíferos fósiles de América ... que decidí reunir a ciegas toda serie de hechos que pudieran tener que ver de alguna forma con lo que son las especies. He leído montones de libros de agricultura y horticultura, y no he parado de recoger datos. Por fin han surgido destellos de luz, y estoy casi convencido (totalmente en contra de la opinión con la que empecé) de que **las especies no son (es como confesar un crimen) inmutables**”

Carta del 11 de enero de 1844 dirigida al biólogo J.D. Hooker (tomado de Sánchez Ron, 2002).



Oxford, 30 de Junio de 1860: En la reunión anual de la British Association for the Advancement of Science se enfrentaron el obispo de Oxford, **Samuel Wilberforce** (izquierda), y el biólogo pro-darwiniano **Thomas Henry Huxley** (derecha). La discusión de la Teoría de la Evolución y, sobre todo, de lo que ésta implicaba respecto al origen del hombre suscitó grandes pasiones, como muestran estas caricaturas que aparecieron en la revista *Vanity Fair*. La confrontación llegó a alcanzar dimensiones burlescas, como cuando el obispo de Oxford, parodiando la relación entre hombres y primates, le preguntó al profesor Huxley: “¿Procede esta ascendencia del lado de su abuelo o del de su abuela?”. A esto Huxley respondió: “No sentiría ninguna vergüenza de haber surgido de semejante origen; pero sí me avergonzaría proceder de alguien que prostituye los dones de cultura y elocuencia al servicio de los prejuicios y la falsedad.” (Tomado de Sánchez Ron, 2002).